

## Una aproximación al pensamiento freudiano

Jorge Belinsky

*En el transcurso de un seminario sobre “Corrientes actuales en hitorio-grafía”, mientras se valoraba la obra de Michel de Certeau y, en especial, su visión del aporte freudiano a las relaciones entre historia y literatura, uno de los participantes, visiblemente irritado, exclamó: “¿Por qué siempre tenemos que terminar hablando de Freud?”.*

*Ignoro si la irritación de nuestro personaje estaba justificada. Pero su pregunta era pertinente, ya que es difícil encontrar un foro, dentro del dilatado campo de las ciencias humanas, donde no se mencione o aluda a Freud. Una presencia tan acusada ha de obedecer a motivos poderosos; el objetivo del presente ensayo es dar cuenta, en parte, de esos motivos.*

**C**on la publicación de *La interpretación de los sueños* (1900), fruto de su trabajo clínico y de su autoanálisis, Freud descubre, explora y, en muchos aspectos, crea un universo completamente nuevo en la historia del pensamiento. No se trata, obviamente, de una ausencia total de antecedentes. Pero la novedad aportada por la concepción freudiana es tan radical que esos antecedentes sólo adquieren relieve y valor en función de ella. Podemos definir ese nuevo universo, a reserva de profundizar después en su examen, como el de la subjetividad trascendental inconsciente, con su propia realidad, sus operaciones y sus leyes.

Cinco años después de *La interpretación de los sueños*, con los *Tres ensayos sobre una teoría sexual* (1905), estalla el polvorín de la sexualidad y las viejas fronteras (infantil/adulto; normal/perverso; salud/enfermedad) se vuelven cada vez más tenues hasta que, al fin, en el límite, se borran sobre el lecho común de la sexualidad infantil, una sexualidad que nada tiene que ver con el instinto de los etólogos, sino que está hecha de fantasías y deseos. El concepto de pulsión (*Trieb*), tomado por Freud de una larga tradición anterior, adquiere carta de ciudadanía dentro del edificio conceptual psicoanalítico y ofrece uno de los

fundamentos, acaso el más importante, de ese edificio. Muchos años después, en las *Nuevas conferencias* de 1933, teniendo ya como referencia la oposición vida/muerte, Freud definirá a las pulsiones como “seres míticos, grandiosos en su indeterminación”.

Paralelamente a la teoría de la sexualidad, con *El caso Dora* (1905), el primero de sus historiales clínicos, Freud examina y teoriza la cuestión de la transferencia, el dominio de la cual abraza el conjunto de las relaciones humanas signadas por la inevitable marca de la ambivalencia. Esa transferencia, nutrida por la pulsión, repite y actualiza antiguos fantasmas y viejos deseos, y conforma así el pilar maestro del tratamiento psicoanalítico. Retomada en la década siguiente, en los denominados *Escritos técnicos* (1911-1915), la transferencia seguirá siendo elaborada por Freud, desde diferentes ángulos, hasta el final de su obra (*Análisis terminable e interminable*. 1937).

Mientras tanto, el psicoanálisis se aplica a territorios diversos. En 1913, aparecen dos obras de gran importancia -*El interés en el psicoanálisis*, *Totem y tabú* -, en las que Freud demuestra que no sólo es un profundo teórico y un explorador de curiosidad infatigable, sino que es también un conquistador en el mejor de los sentidos: el de demostrar que el psicoanálisis tiene algo que decir en todos los campos de la actividad humana, con tal que en esos campos algo del orden de lo inconsciente esté en juego.

En lo que respecta a *Totem y tabú*, este texto introduce el mito central del pensamiento freudiano, el asesinato del padre originario, y constituye el primer gran hito de lo que será la preocupación creciente del fundador del psicoanálisis: el problema de la cultura, de sus fundamentos y del proceso de su constitución.

En 1914, con *Para introducir el narcisismo*, Freud completa el descentramiento copernicano iniciado en 1900, al mostrar que el yo de la psicología clásica no es una instancia dada desde el origen, sino que, por el contrario, resulta de múltiples identificaciones y es, por tanto, objeto entre objetos, privilegiado, sin duda, pero objeto al fin. De esta forma, alrededor de 1917, con los escritos de la *Metapsicología*, el edificio parece completarse en una trama sólida de conceptos, la estructura de los cuales recuerda o evoca la delicada geometría de las formas cristalinas.

Y sin embargo, tan solo tres años después, en 1920, esas formas dan paso a otras nuevas. En este sentido, la obra fundacional de 1900 puede

entenderse de dos maneras. Por una parte, como una teoría que opone a un mundo político caótico (el de la Viena finisecular), la fijeza, sino inmutable al menos dotada de una gran estabilidad, de formas ancladas *en* y determinadas *desde* el pasado; en suma, las formas que culminan en la *Metapsicología*.

No obstante, el epígrafe de *La interpretación de los sueños*, tomado de Virgilio (“Si no puedo conmovier a las potencias celestiales/moveré a las del infierno”), sugiere la posibilidad de una segunda lectura, donde esa obra refleja y expresa la crisis de las formas tradicionales de la cultura liberal, centradas en la figura del hombre racional, y el consiguiente pasaje a una nueva figura: la de una criatura muchísimo más rica pero también muchísimo más compleja y enigmática.

En relación con el giro de 1920, esta segunda lectura de *La interpretación de los sueños* tiene la ventaja de ofrecer una prefiguración de la marcha del pensamiento freudiano: ya que éste, en efecto, a medida que se despliega, pasa de formas cristalinas y geométricas a formas orgánicas y fluidas, a formas, podríamos decir, cada vez más inquietantes.

Como dijimos más arriba, las primeras dominan la producción freudiana hasta culminar en la *Metapsicología*, donde encuentran su expresión más acabada. Las segundas, en cambio, se insinúan en *Lo siniestro* (1919) y se vuelven dominantes con el cambio de los fundamentos del psicoanálisis en *Más allá del principio de placer* (1920). Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre habitualmente, las nuevas formas no eliminan ni sustituyen las antiguas; más bien las atrapan y se funden con ellas.

En *Más allá del principio de placer*, Freud introduce la más controvertida de sus categorías: la de pulsión de muerte, piedra basal de la nueva fundación del psicoanálisis. Por otra parte, en esa obra, la especulación juega un papel tan decisivo que prueba, en mi opinión, la necesidad de combinar el mito, la ficción y la teoría para entender todo el alcance de la concepción freudiana del hombre y, sobre todo, de la cultura. Así queda abierto el camino para que se cumpla la fase final del pensamiento freudiano, su aportación más original y su legado más importante. Este camino comienza con *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), texto donde se desarrolla, sobre todo en los tres capítulos finales, la cuestión de las dos psicologías: la individual, centrada en la figura del padre, y la colectiva, que gira alrededor de la horda de her-

manos. En realidad, como el propio Freud señala, esas dos psicologías son como las dos caras de una misma y única moneda.

La teoría final de las pulsiones, de 1920 (pulsión de vida/pulsión de muerte), encuentra su adecuado complemento en la nueva tónica desarrollada en *El yo y el ello* (1923), con sus tres instancias: yo, ello y superyó. Esta segunda tónica no anula la primera, (consciente/preconsciente/inconsciente), sino que la abre a lo que bien puede denominarse dialéctica de lo heterogéneo en lo homogéneo: lo inconsciente de la primera tónica abarca, ahora, las tres nuevas instancias.

A partir de los cambios señalados, Freud inicia la paciente andadura de las piezas teórico-conceptuales que le permitirán abordar el cuerpo sociocultural desde la perspectiva específica del psicoanálisis. El resultado de este trabajo quedará plasmado en *El malestar en la cultura* (1930) y en *Moisés y la religión monoteísta* (1938), suerte de autobiografía más íntima que la escrita por Freud años antes (*Presentación autobiográfica*, 1925) y, al mismo tiempo, novela histórica y notable aplicación del aparato conceptual psicoanalítico a una cultura concreta, la nuestra, examinada en su raíz más importante: la tradición judeo-cristiana. El gran mito freudiano del asesinato del padre alcanza aquí, alrededor de la figura de Moisés y de la gesta del pueblo judío, su pleno desenvolvimiento, tanto en lo que hace a sus articulaciones teóricas como a sus posibilidades narrativas.

## II

Como dijimos, Freud abre un nuevo universo; pero, ¿qué quiere decir, exactamente, 'abrir un nuevo universo' y de qué universo se trata?

En un artículo clásico, hoy ya casi olvidado, Louis Althusser, en la década de los sesenta, dio una respuesta al problema: Freud construye un nuevo objeto teórico -lo inconsciente- y formula sus leyes, con lo cual da cuenta de una realidad empírica hasta entonces velada al conocimiento. Era la época feliz de la ruptura epistemológica, de los dominios regionales y de la práctica teórica, y las cosas parecían, en principio, sencillas. Hoy, sin embargo, estamos lejos de aceptar esa sencillez racionalizante de una "epistemología no-cartesiana" (para retomar la expresión clásica de Gastón Bachelard). Como ocurre con frecuencia al situar el pensamiento en sus coordenadas históricas, elementos útiles en un momento dado se vuelven trabas en un momento ulterior.

Sea como fuere, Althusser tenía razón al destacar el aspecto de novedad introducido por el pensamiento freudiano: el psicoanálisis, en efecto, no tiene parangón posible con ningún desarrollo previo dentro de la temática que aborda. No se trata de que carezca de raíces históricas, aunque el efecto de novedad es tan fuerte que se produce un 'corrimiento en el espectro', para emplear un símil óptico: el psicoanálisis no constituye un nuevo matiz dentro de los viejos colores, sino un color inédito cuyos propios matices se encargará de revelar la historia. Y en este sentido, la categoría de ruptura epistemológica sigue vigente. Pero Althusser no vio (y supongo que no podía ver) la otra cara de la operación freudiana: el vaciado que efectúa en el suelo histórico sobre el cual nace, el modo, por así decirlo, como transforma, violencia mediante, su *arqueología*, tomando el término en el sentido en que lo emplea Michel Foucault.

El psicoanálisis no elimina el pasado, porque eso es, desde luego, imposible; modificando ligeramente una proposición de Walter Benjamin, podemos decir que lo que hace el psicoanálisis es apoderarse de sus recuerdos tal como éstos relampaguean "en un instante de peligro". Y en esta operación las líneas del pasado se fracturan. Esa violencia que el psicoanálisis le imprime al suelo sobre el cual reposa, está presente ya desde sus inicios. En la monumental recensión bibliográfica que abre *La interpretación de los sueños*, tras la "palmada en la espalda" con la cual Freud saluda cada hallazgo de sus precursores, es visible el alivio que experimenta al comprobar que no se trata de *su* descubrimiento. Y lo primero que percibe el lector es ese alivio, seguido, casi inmediatamente, por la abrumadora sensación de que, a partir de ese momento, lo que va a serle comunicado como *lo inconsciente* se convertirá en referencia obligada para toda discusión futura acerca del tema. Desde luego, cualquiera puede visitar los muchos inconscientes forjados a lo largo de la historia del pensamiento occidental, y que pueden remontarse hasta el mismo Platón. Pero en esta visita, lo inconsciente de Freud es un paso obligado; los otros inconscientes son regionales, el suyo es ubicuo.

Quedan por despejar las razones de esa ubicuidad. En cualquier caso, los nítidos perfiles de la proposición althusseriana -Freud *construye* un nuevo objeto teórico- se han vuelto borrosos. Y no me estoy refiriendo a los resultados de la operación, sino a la operación misma: construir. Freud construye, inventa, descubre; pero ante todo explora. Y en esta exploración -donde conviven el viaje iniciático y el trabajo de campo-

aparece un problema crucial, de naturaleza retórica: al dar cuenta de lo inconsciente con su escritura, Freud hizo inseparables *aquello* de lo cual hablaba y *las palabras* empleadas para hablar de aquello. El nuevo universo, cualquiera haya sido su forma de existencia previa, quedó modificado de manera irreversible.

Hasta aquí hemos hablado de ese 'nuevo universo' de modo genérico; ahora debemos precisar, ya que, así como Hume nos deja indiferentes, Freud nos conmueve porque cambia nuestra autoimagen y hace de la búsqueda de motivos inconscientes algo semejante a una obligación moral. Entonces, el tema del surgimiento del *homo psicologicus* y del psicoanálisis como *arte de la interpretación* adquiere un valor central.

Para que se pueda interpretar algo, algo tiene que ser interpretable. Y para Freud es interpretable todo cuanto tenga que ver con el nuevo universo definido (descubierto, construido, inventado) por él; es decir, con lo inconsciente como régimen de producción con leyes propias, resultado del encaje de sucesivas retóricas históricamente determinadas e interpenetradas. Pero este universo, al igual que el imaginado por los físicos a partir del hallazgo de la antimateria, resulta inaccesible (nadie estuvo en él, con la excepción, como es natural, de su descubridor), y sólo podemos conocerlo a través de sus productos, porque esos productos, regidos por las leyes de la *otra escena*, se efectúan o se representan en *esta escena*, la de nuestro universo cotidiano.

La visión freudiana del hombre no resulta muy halagüeña, ya que nos convierte en voces y gestos para actores distantes y anónimos que representan una obra bajo la dirección de lo Otro impersonal que nos habita. Como dijo memorablemente Fernando Pessoa: "Ni siquiera he representado, me han representado. He sido, no el actor, sino sus gestos". Pero halagüeña o no, esa visión nos interesa en términos morales y nos incita a una tarea de conocimiento y de crítica del conocimiento donde la interpretación es herramienta obligada.

En suma, el psicoanálisis plantea al agente inconsciente como fuente genérica de significado. Y, puesto que semejante agente está presente dondequiera se extienda la presencia del hombre -desde la aurora de la horda originaria, propuesta en *Totem y tabú*, hasta el posible ocaso de la humanidad, previsto en *El malestar en la cultura*-, todo cuanto lleve su marca puede ser interpretado desde la perspectiva psicoanalítica.

### III

La universalización del dominio propuesto por Freud se verifica secuencialmente: primero el sueño, después el arte y, por extensión, toda actividad humana, hasta concluir con el examen global de la cultura y de la historia entera de un pueblo.

El punto de partida es de naturaleza *estética*, ya que Freud democratizó el arte al hacer de cada hombre, en la expresión de sus motivaciones inconscientes, un poeta, humilde sin duda, pero no por ello menos digno de ese nombre. Lo inconsciente resulta así, en última instancia, un agente productor de textos, y son estos textos los que el intérprete aborda en su tarea cotidiana. Por eso, y sólo por eso, puede el análisis afirmar y defender su vocación imperialista. La clásica distinción entre psicoanálisis clínico y psicoanálisis aplicado, reposa en las diferentes modalidades del texto, que dependen de cómo se sitúa éste en relación con la transferencia y con la contratransferencia. Es cierto que un analista, cuando ejerce su oficio, se enfrenta con seres de carne y hueso, y, en este sentido, hace con ellos muchas más cosas que interpretar; pero cuando interpreta, interpreta un texto.

Únicamente si ese texto se presenta en el momento mismo de su génesis -y esto exige, como es natural, lo vivo de un discurso o, más genéricamente, de una práctica humana cualquiera- puede hablarse, en sentido estricto, de transferencia. Después, el texto se transforma en el producto de una génesis previa, y el intérprete, fuera del trabajo clínico o de circunstancias excepcionales, queda librado al único recurso de su propia contratransferencia. Así pues, en lo que concierne a la crítica de textos, la transferencia, en principio, está ausente.

Pero la originalidad de Freud consistió, precisamente, en mostrar que la transferencia *no está ausente* del texto en tanto producto de una génesis previa. Está presente, como transferencia pasada y acumulada, transferencia 'muerta', en el mismo sentido en que están 'muertos' los múltiples yoes que habitan en el ello, y aguardando, como éstos, una posible 'resurrección'. En este sentido, y de acuerdo al conocido análisis del valor de Marx, Freud se convierte en el astuto capitalista que explota el trabajo vivo y plasmado en la transferencia de sus pacientes (cualquiera de sus casos es, a este respecto, ejemplar), para hacer revivir después, y explotar igualmente, gracias a su contratransferencia y a su indiscutible genio, el trabajo muerto y cristalizado en las viejas transferencias del texto cualquiera. Ese

texto puede ser de naturaleza escultórica (el “Moisés” de Miguel Ángel), pictórica (“La Virgen y Santa Ana” de Leonardo), teatral (*Edipo*, *Hamlet*) o literaria (*Los hermanos Karamazov*). Pero puede tratarse, también, de la aurora de la humanidad (*Totem y tabú*), de la cultura con todas sus grandes instituciones (*El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la cultura*) o de la historia entera de un pueblo (*Moisés y la religión monoteísta*).

Esta ‘resurrección’, evidente, según creo, en los trabajos de Freud, ¿ocurre también en los de los intérpretes inspirados en él? Sí, por supuesto, pues haría un flaco favor al psicoanálisis creer que *sólo* Freud fue capaz de semejante ‘milagro’. Sin embargo, todo intérprete que utilice la teoría psicoanalítica tropieza con un obstáculo adicional con el cual Freud no tropezó. Y ese obstáculo es la propia transferencia del intérprete con el creador del psicoanálisis, transferencia que resulta ineliminable porque no sólo afecta al texto, sino también al espacio donde ese texto se produce o se genera.

Me explicaré mejor: todo texto exige un espacio para su producción, sea éste la página en blanco de Mallarmé o las primeras Tablas, rotas por la ira de Moisés. Y ese espacio fue modificado por Freud de manera irreversible. Si aceptamos que en la historia de Occidente los dos grandes modelos para la interpretación son la hermenéutica religiosa y la hermenéutica freudiana (y estoy dispuesto a aceptar que, cualesquiera sean sus diferencias, hay entre ellas una oscura hermandad), podemos decir -si se me permite utilizar un símil geométrico- que Freud transformó el espacio euclídeo de la vieja hermenéutica, con su perfil apolíneo, en un nuevo espacio de extrañas curvaturas, en un espacio dionisiaco.

Para el intérprete de orientación psicoanalítica, el texto puede presentarse según dos modalidades: en el acto mismo de su producción o como producto de una génesis previa. Pero hay también una tercera modalidad, abierta por Freud y que sólo será recuperada y desarrollada, muchos años después, por Lacan. Lo propio de esta nueva modalidad es considerar al texto como independiente y primero, tanto respecto del autor como de los críticos o comentaristas: el texto *se produce*, en una suerte de génesis refleja, y *nos produce* como autores o como intérpretes.



En lo que a esta tercera modalidad se refiere, el texto de elección es, seguramente, *El Moisés de Miguel Angel*; un texto que, no por casualidad, Freud prefirió publicar, caso único en su copiosa producción, de manera anónima. No necesito recordar al lector el virtuosismo de este trabajo, donde el autor exhibe toda la gama de sus recursos interpretativos sin ocuparse, prácticamente para nada, de los motivos personales del artista. Partiendo de la exigencia de interpretar (conocer es un deber moral para el psicoanalista), y combinando la técnica del detalle con la de la explicación temporal y la categoría estética de la complicación de los motivos con la concepción dramático-transgresiva de la creación, Freud concluye:

“Según el testimonio de la tradición, Moisés, el hombre, era irascible y propenso a los arrebatos de pasión [...] Al presentar la tradición estos rasgos del carácter mosaico, seguramente es objetiva y conserva la impresión de una magna personalidad que realmente existió. Pero Miguel Angel colocó en el mausoleo del Papa a un Moisés distinto, superior al histórico y tradicional. Retocó el tema de las quebradas Tablas de la Ley; no permite que la ira de Moisés las aniquile, pero deja que la pasión se exprese como amenaza de destrucción, o la contiene por lo menos en camino a la acción violenta. Con ello ha puesto en la figura de Moisés algo nuevo y sobrehumano, convirtiendo la imponente masa corporal y la hercúlea musculatura en medios de expresión material para el supremo esfuerzo psíquico de que un hombre es capaz: la dominación de las propias pasiones en aras de una misión a la cual se ha consagrado.”

Hasta aquí Freud; lo que sigue es una simple experiencia personal, pero no creo que sea el primero en tenerla. Comparando la cita precedente con el recuerdo del oscuro rincón de San Pietro in Vincoli, tengo la aguda impresión de que la imagen que ante mí surge no es obra de Miguel Angel ni de Freud, ni siquiera de la secreta alianza entre ambos. “Mi” Moisés es anterior y sempiterno, como una suerte de creación *ex-nihilo*: él produce el cincel del escultor y la pluma del intérprete. Ese bloque silencioso y quieto, reflejándose en sí mismo, genera toda la enorme agitación, todo el bullicio, todos los movimientos y todas las palabras que lo envuelven. La obra de arte (“el texto”) se ha vuelto independiente, el tiempo de su génesis es el tiempo de la humanidad que la contempla.

## ABSTRACT

En el transcurs d'un seminari sobre "Corrents actuals en historiografia", mentre es valorava l'obra de Michel de Certau i, en especial, la seva visió de l'aportació freudiana a les relacions entre història i literatura, un dels participants, visiblement irritat, va exclamar: "Per què sempre hem d'acabar parlant de Freud?".

Ignoro si la irritació del nostre personatge estava justificada. Però la seva pregunta era pertinent, ja que és difícil trobar un fòrum, dintre del dilatat camp de les ciències humanes, on no s'esmenti o al·ludeixi Freud. Una presència tan acusada ha d'obeir a motius poderosos; l'objectiu del present assaig és explicar, en part, aquests motius.

During a seminar about "Current trends in Historiography," while Michel de Certau's work, and particularly his view of Freud's contribution to the relationship between history and literature, was being assessed, one of the participants, remarkably annoyed, exclaimed: "Why do we always end up talking about Freud?"

I don't know whether his irritation was justified. But his question was pertinent, as it is difficult to find a forum, within the large field of Human Sciences, where Freud is not mentioned or referred to. Such marked a presence has to be due to powerful reasons; the objective of this essay is to partly give an account of these reasons.

Lors d'un séminaire sur les "courants actuels en historiographie", et alors qu'on y évalua l'oeuvre de Michel de Certau, et, tout spécialement, sa vision de l'apport freudien dans les relations entre histoire et littérature, un des participants, vraisemblablement irrité, s'écria: "Pourquoi doit-on toujours finir par parler de Freud?"

J'ignore si la colère de notre personnage était justifiée. Mais sa question était pertinente, étant donné qu'il est difficile de trouver un forum, dans le vaste domaine des sciences humaines, où on ne fasse pas mention ou allusion à Freud. Une présence aussi marquée doit obéir à d'importantes raisons; l'objectif du présent essai est, en partie, de rendre compte de ces motifs.